

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

2, 9, 16, 23 de junio de 2024

MD 2024/08

CORPUS CHRISTI

La religiosa Juliana de Cornillon fue la que animó a celebrar, por primera vez, esta fiesta en 1208. Cada año, desde 1264, año en que lo instituyó el papa Urbano IV, la Iglesia celebra la fiesta de Corpus Christi, donde se nos invita a adentrarnos en el misterio pascual, celebrando el Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.

El Concilio Vaticano II nos recuerda que «Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con lo cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y a confiar a su esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera» (SC 47).

Cierto es que, de domingo a domingo, incluso día a día, la Iglesia hace este memorial en cada misa. Pero una vez al año lo hace con especial agradecimiento y veneración, incluso con procesiones por nuestras calles. Esta fiesta debería ser ocasión para que ahondemos en el significado de la Eucaristía. En ella, acontece la entrega de su Cuerpo y el derramamiento de su Sangre que Cristo hizo por «vosotros y por muchos para el perdón de los pecados». Ojalá sepamos tener suficiente humildad para reconocer nuestras faltas, para responder con un corazón agradecido y fiel.

Cuerpo y Sangre de Cristo / B
D. 10 del tiempo ordinario / B
D. 11 del tiempo ordinario / B
D. 12 del tiempo ordinario / B



CARTA A LOS PRESBITEROS FELICES DE SER PRESBITEROS

*Homilía de Mario Delpini, arzobispo de Milán, en forma de carta,
pronunciada el 9 de mayo de 2023*

Queridos hermanos, deseo daros las gracias por vuestro ministerio y por vuestra vida de dedicación.

Me dicen que sois presbíteros normales, presbíteros de todas las edades, presbíteros que ejercen todo tipo de ministerio, presbíteros que están en todas las partes de nuestra diócesis. Me dicen que vivís años de pleno vigor y de plena salud y también años de cansancio, de enfermedad, años abatidos por el peso de los años. Me dicen que algo os caracteriza: sois presbíteros felices de ser presbíteros.

Algunos consideran que la noticia es una de las noticias falsas que circulan por redes sociales. Otros dicen que es un eslogan de una campaña organizada para reclutar personal para una institución como la diócesis de Milán, que lamenta muchos puestos vacíos.

Algunos consideran que es imposible ser presbíteros y estar felices: condenados a la soledad, abrumados por tareas que no dejan respirar, rodeados de un clima de indiferencia cuando no de sistemática sospecha y menosprecio, ¿cómo podéis estar felices?

Tengo, sin embargo, informadores fiables que me dicen que sois presbíteros felices de ser presbíteros.

Me dicen que cada tarde se puede escuchar por toda la diócesis la elevación de un cántico increíble que sorprende al mundo entero: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador».

Me dicen, precisamente, que el día del cumpleaños de ordenación es celebrado por vosotros como una fiesta y que en estos días pasáis horas en alguna iglesia para dar gracias al Señor de ser presbíteros y tenéis muchos motivos para agradecer que el tiempo nunca es suficiente.

Me dicen también que estáis tan felices que, a veces, visitáis a otros presbíteros para compartir vuestra alegría o también para apoyar, animar, consolar a un hermano que vive momentos de tristeza y de desolación.

La admiración y el asombro me llevan a escribiros estas pocas líneas. Querría preguntaros: ¿Cuál es el secreto de vuestra alegría? ¿Tenéis alguna receta secreta?

No piensa, en efecto, que os pase el ser siempre aplaudidos y populares: también vosotros notáis la hostilidad del enorme dragón rojo que está enfurecido contra la mujer del Apocalipsis y se ha ido a «hacer la guerra

al resto de su descendencia, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús». Y aun así estáis felices.

No me imagino que la razón de vuestra alegría sea el resultado de vuestro trabajo: la obsesión por las estadísticas contagia un poco a todo el mundo, y las estadísticas decretan sin cumplimientos la reducción de los números y la declinación de la autoridad del presbítero y de la Iglesia. Y aun así estáis felices.

Vuestro estar felices de ser presbíteros no puede ser el haber realizado vuestro deseo. En efecto, muchos de vosotros os convertisteis en presbíteros con una imagen del sacerdote que tiene su parroquia, que encuentra un pueblo que lo espera y lo escucha, que ejerce su papel expresando su originalidad y viviendo con los demás presbíteros de esa buena vecindad que no molesta demasiado; y ahora vivís un ministerio que impone confrontar con los demás presbíteros, que tiene que inventar un modo de hacerse cargo de varias comunidades construyendo formas de pastoral de conjunto que encuentran reticencias y conllevan fatigas algo exasperantes. Y aun así estáis felices.

Los compromisos que pesan sobre vuestros hombros son también mo-

tivo de tensión y de preocupaciones, porque tenéis que pensar en gestionar las estructuras sin tener la competencia para ello y no es fácil encontrar a personas competentes que estén disponibles sin convertirse en amos. Y aun así estáis felices.



Excluyo que estéis felices porque el obispo sepa hacer bien su oficio. Más aún, hay mucho que decir sobre sus opciones y sobre sus límites. Y aun así estáis felices.

También yo estoy feliz y querría compartir mi alegría con todos los presbíteros. Pero

soy poco creíble, porque me parece que me dicen: «¡Es fácil estar felices cuando estás fuera de la pelea, por las molestias de las parroquias, por las pretensiones de la gente, por urgir los compromisos!».

Mirad, querría pedirlos que reveléis vuestro secreto y lo compartáis con los demás presbíteros. Podrías convencerme más al vivir las recomendaciones de Pablo: «Alegraos con los que están alegres; llorad con los que lloran. Tened la misma consideración y trato unos con otros, sin pretensiones de grandeza. [...] Procurad lo bueno ante toda la gente. En la medida de lo posible y en lo que dependa de vosotros, manteneos en paz con todo el mundo».

LA EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO Y LA VIGILANCIA TEOLÓGICA

Muchos recordamos aún la impactante imagen de la vigilia de oración del papa Francisco del viernes IV de Cuaresma del 2020, primero con la proclamación de la Palabra de Dios en la plaza de San Pedro y después con la exposición y adoración de la Eucaristía en el atrio de la basílica. Recordamos ese día lluvioso, oscuro y con una plaza vacía que reproducía, como decía el Papa, «las densas tinieblas que cubren nuestras plazas, calles y ciudades» y que reflejan la situación en el corazón de muchos hombres y mujeres.

Por otro lado, muchos hemos visto, y quizá celebrado, la exposición del Santísimo durante estos días, también como concreción de ese: «Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20) de Jesús. Y como recuerdan los *Prenotandos* del Ritual del Culto eucarístico fuera de la misa –citando la encíclica *Mysterium Fidei* de Pablo VI– «es verdaderamente el Enmanuel, es decir, "Dios-con-nosotros". Pues día y noche está en medio de nosotros, habita con nosotros lleno de gracia y de verdad».

Ahora bien, no es un hecho insólito, desde hace unos años hasta ahora, la exposición del Santísimo es una celebración –y uso la palabra celebración– litúrgica que está muy presente en muchos grupos, sobre todo de jóvenes.

¿De dónde viene, sobre todo hoy en día, esta recuperación de la adoración eucarística? Y digo recuperación porque en la época del post Concilio Vaticano II, en muchos lugares, casi había desaparecido.

Permitidme hacer un brevísimo recorrido histórico. Recordamos que en Occidente toma mucho interés la exposición del Santísimo a partir del siglo XIII (sobre todo después de la controversia del siglo IX con Pascasio Radberto y del siglo XI con Berengario de Tours), mientras que en Oriente el culto a la Eucaristía nunca se ha separado de la celebración eucarística, tal como lo vivimos en Occidente. Aunque tenemos en común, tanto en Occidente como en Oriente, el mismo trato patristico del tema que nos ocupa.

Es verdad que el Concilio Vaticano II no dijo nada del culto eucarístico fuera de la misa, y se centró en la celebración de la Eucaristía, «fuente y cumbre de la vida cristiana» (LG 11 y SC 10). ¿Podría ser, este silencio del Concilio, uno de los motivos que en el posconcilio casi desapareciera, en muchos lugares, esta celebración? A pesar de que Pablo VI se adelantó varias veces para recordar la adoración que debemos al santísimo sacramento de la Eucaristía, con la encíclica, admirable síntesis, *Mysterium Fidei* de 1965 y después con

An aerial photograph showing a dirt road that splits into two paths, forming a Y-shape. The road is reddish-brown and contrasts with the surrounding dense green forest. The title text is overlaid on the lower half of the image.

CAMINANDO SINODALMENTE EN EL DISCERNIMIENTO

Un esquema de oración

El discernimiento es una habilidad esencial en la vida humana. En un mundo cada vez más complejo y lleno de información, el discernimiento resulta todavía más crucial. Nos ayuda a navegar por las incertidumbres, los dilemas éticos y las múltiples opciones que afrontamos diariamente. Además, promueve la autenticidad y la integridad, ya que nos permite actuar según nuestros valores más profundos y nuestras aspiraciones más elevadas. El papa Francisco nos ha concienciado de la importancia de hacer discernimiento en el seno de la Iglesia.

Poco a poco, experimentamos, gracias al Sínodo sobre la sinodalidad, que nos conviene reflexionar también como creyentes sobre la necesidad de cambiar la

pregunta que nos formulamos, pasando del «qué tenemos que hacer», a buscar «qué creemos que Dios espera de nosotros», para vivir siguiendo la voluntad de Dios.

Os ofrecemos la experiencia que han usado en el discernimiento sinodal y que ha sido útil para el proceso de escucha de Dios en el seno de la Iglesia. En este camino sinodal, este discernimiento ha ayudado a ver y llevar a la práctica su voluntad de gracia hacia nosotros, interviniendo cada uno según su vocación y misión.

Esperamos, pues, que sea de utilidad para vuestras comunidades, consejos, grupos de reflexión y de discernimiento cristiano.

1 Invocación al Espíritu Santo para abrirnos a su acción en nosotros. Posteriormente, **hay que definir el problema o la pregunta:** es importante esclarecer cuál es exactamente el tema que se está afrontando. Esto implica formular preguntas específicas y delimitar el alcance del problema o la decisión que hay que tomar.

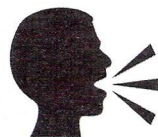
2 Escucha de uno mismo con unos momentos de silencio para la oración y la reflexión personal. Después, en una primera ronda donde cada uno explica lo que cree oportuno, en un tiempo delimitado, se comparte información y percepciones. Aquí es importante la capacidad de cada uno para el **análisis y reflexión.**



3 Escucha a través del otro mediante una segunda ronda, donde cada miembro del grupo destaca lo que han dicho los demás, lo que cree que es más relevante o aporta luz a la cuestión. No se debe entrar en debates. Es el momento de acoger todo lo que hemos escuchado y sentido para pasar del «yo» al «nosotros». Es la parte de la escucha atenta a los demás.

4 Escucha de la Palabra, donde, según las características del grupo, se puede leer algún fragmento de la sagrada Escritura, o bien, se puede pedir que cada uno aporte algún texto de la Palabra de Dios que ilumine lo que estamos discerniendo, etc. Posteriormente, se puede dejar un espacio de oración personal.

5 Después de escuchar la Palabra, se hace una **última ronda de intervenciones**, donde se compartirá lo orado que afecte el proceso de discernimiento. Se buscarán puntos de consenso, matices o elementos a tener en cuenta. **Es el momento del diálogo**, conscientes de que se busca hacer lo que Dios quiere y no «lo que yo quiero» o «lo que yo pienso». Incluso si tenemos consciencia de haber faltado a la caridad, puede ser oportuno facilitar el pedir perdón a los hermanos.



6 Después de considerar con cuidado los aspectos más relevantes, **se toma una decisión informada.** Esta decisión puede no ser necesariamente fácil o simple, pero se basa en una evaluación consciente de las opciones y las implicaciones. A quién corresponda, tomará las decisiones oportunas, según la naturaleza del grupo, y se podrá decidir quién hace qué. Una vez tomada la decisión, se implementa cómo se revisarán los compromisos tomados y cómo se hará el seguimiento. Es importante estar abiertos a ajustes y cambios durante el camino según sea necesario.

Esto ayuda a cerrar el ciclo del discernimiento y es importante, porque el discernimiento es un acto de fe, que pretende descubrir la voluntad de Dios y, por tanto, es un camino que nos abrirá a nuevos horizontes y nos iluminará con nuevas luces.

En palabras del papa Francisco

Hay una historia que precede a quien discierne, una historia que es indispensable conocer, porque el discernimiento no es una especie de oráculo o de fatalismo o algo de laboratorio, como echar a suertes dos posibilidades. Las grandes preguntas surgen cuando en la vida hemos hecho un tramo de camino, y es a ese recorrido que debemos volver para entender qué estamos buscando. Si en la vida se hace un poco de camino, ahí: «¿Pero por qué camino en esta dirección, qué estoy buscando?», y ahí se hace el discernimiento. Ignacio, cuando estaba herido en la casa paterna, no pensaba precisamente en Dios o en cómo reformar su vida, no. Él hace su primera experiencia de Dios escuchando su propio corazón, que le muestra una inversión curiosa: las cosas a primera vista atractivas lo dejan decepcionado y en otras, menos brillantes, siente una paz que dura en el tiempo. También nosotros tenemos esta experiencia, muchas veces empezamos a pensar una cosa y nos quedamos ahí y luego quedamos decepcionados. Sin embargo, hacemos una obra de caridad, hacemos algo bueno y sentimos algo de felicidad, te viene un buen pensamiento y te viene la felicidad, algo de alegría, es una experiencia nuestra. Él, Ignacio, hace la primera experiencia de Dios, escuchando al propio corazón que le muestra una curiosa inversión. Esto es lo que nosotros tene-

mos que aprender: escuchar a nuestro propio corazón. Para conocer qué sucede, qué decisión tomar, opinar sobre una situación, es necesario escuchar al propio corazón. Nosotros escuchamos la televisión, la radio, el móvil, somos maestros de la escucha, pero te pregunto: ¿Tú sabes escuchar a tu corazón? Tú te detienes para decir: «Pero mi corazón, ¿cómo está? ¿Está satisfecho, está triste, busca algo?». Para tomar decisiones buenas es necesario escuchar al propio corazón.

Por esto Ignacio sugerirá leer las vidas de los santos, porque muestran de forma narrativa y comprensible el estilo de Dios en la vida de personas no muy diferentes de nosotros, porque los santos eran de carne y hueso como nosotros. Sus acciones hablan a las nuestras y nos ayudan a comprender el significado.

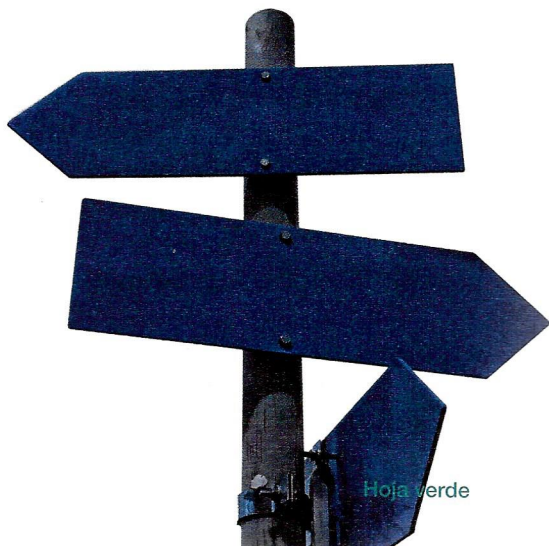
En ese famoso episodio de los dos sentimientos que tenía Ignacio, uno cuando leía las cosas de los caballeros y otro cuando leía la vida de los santos, podemos reconocer otro aspecto importante del discernimiento, que ya mencionamos la vez pasada. Hay una aparente *casualidad* en los acontecimientos de la vida: todo parece nacer de un banal contratiempo: no había libros de caballerías, sino solo vidas de santos. Un contratiempo que, sin embargo, encierra un posible punto de inflexión.

Tan solo después de algún tiempo Ignacio se dará cuenta, y en ese momento le dedicará toda su atención. Escuchad bien: Dios trabaja a través de los eventos no programables, ese *por casualidad* (por casualidad me ha sucedido esto, por casualidad he visto a esta persona, por casualidad he visto esta película) no estaba programado, pero Dios trabaja a través de los eventos no programables, y también en los contratiempos: «Tenía que dar un paseo y he tenido un problema en los pies, no puedo...». Contratiempo: ¿qué te dice Dios? ¿Qué te dice la vida ahí? Lo hemos visto también en un pasaje del evangelio de Mateo: un hombre que está arando un campo se encuentra casualmente con un tesoro enterrado. Una situación completamente inesperada. Pero lo importante es que lo reconoce como el golpe de suerte de su vida y decide en consecuencia: vende todo y compra ese campo (cf. 13,44). Os doy un consejo, estad atentos a las cosas inesperadas. Aquel que dice: «Pero esto por casualidad yo no lo esperaba». Ahí te está hablando la vida, ¿te está hablando el Señor o te está hablado el diablo? Alguien. Pero hay algo para discernir, cómo reacciono yo frente a las cosas inesperadas. Yo estaba tan tranquilo en casa y «pum, pum», llega la suegra y ¿tú cómo reaccionas con la suegra? ¿Es amor o es otra cosa dentro? Y haces el discernimiento. Yo estaba trabajando en la oficina bien y viene un compañero a decirme que necesita dinero; ¿y tú, cómo has reaccionado? Ver qué sucede

cuando vivimos cosas que no esperamos y ahí aprendemos a conocer nuestro corazón, cómo se mueve.

El discernimiento es la ayuda para reconocer las señales con las cuales el Señor se hace encontrar en las situaciones imprevistas, incluso desagradables, como fue para Ignacio la herida en la pierna. De estas puede nacer un encuentro que cambia la vida, para siempre, como el caso de san Ignacio. Puede nacer algo que te haga mejorar en el camino o empeorar, no lo sé, pero estad atentos y el hilo conductor más bonito es dado por las cosas inesperadas: «¿Cómo me muevo frente a esto?». Que el Señor nos ayude a sentir nuestro corazón y a ver cuándo es Él quien actúa y cuándo no es Él y es otra cosa.

(Papa Francisco, *Catequesis sobre el discernimiento*, audiencia general del miércoles 7 de septiembre de 2022)



la instrucción *Eucharisticum Mysterium*, de la Sagrada Congregación de Ritos, de 1967, sobre todo recordando la continuidad de la exposición y el culto al Santísimo con la celebración de la Eucaristía (EM 50) y que hay que conservar la estructura trinitaria y pascual. Será el Rito del culto a la Eucaristía fuera de la misa, en el capítulo III, que recogerá estos principios y orientará el sentido de la adoración.

Algunos trabajos litúrgicos han venido a ayudar a resituar que la adoración eucarística no es un regreso al siglo XIII, que muchos desconocen la motivación de este momento cuando aparece de un modo más expresivo. Algunos liturgos hablan de vigilancia teológica. Con los movimientos litúrgico, bíblico, patrístico hemos recuperado el concepto dinámico de misterio pascual, la valoración de la Palabra de Dios y poder celebrar la exposición del Santísimo tal y como dictan los documentos y el ritual que emanan del Concilio.

Así, un ejemplo de esto se encuentra en esa tarde que el papa Francisco nos convocó, el último viernes de marzo, en la plaza y el atrio de San Pedro. Allí se celebró la exposición y adoración eucarística precedida y arraigada en la Palabra de Dios, en concreto, en la proclamación del evangelio de Marcos 4,35-41. Ese «no tengáis miedo», en ese temporal que se les venía encima a los discípulos en el mar de Galilea, y que después se prolongó con la exposición y adoración del

Santísimo, como recuerdo eucarístico dinámico de ese: «Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20).

Ahora bien, es necesaria una vigilancia teológica para no olvidarnos de esta estrecha unión con la misa y con su estructura entre la Palabra de Dios y el sacramento. No separar las dos mesas (SC 28, 51; DV 21 e IGMR 28) y no olvidar que todo sacramento conlleva siempre la Palabra de Dios que le da sentido (SC 35). Pero también el carácter eclesiológico y misionero de la Eucaristía, según el relato pascual de los discípulos de Emaús: «Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: "Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón". Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan» (Lc 24,33-35).

La adoración del Santísimo es un momento de parada y de silencio habitado –hoy tan necesarios en nuestra vida y, sobre todo en estos días, también en nuestras liturgias–, para maravillarse y admirar todo lo que contiene la Eucaristía, como dice la oración antes de la reserva, «que en este sacramento admirable nos dejaste el memorial de tu pasión» (Ritual 98), y también abrirnos a la consecuencia misionera que se deriva de la celebración.

JORDI FONT

GUILLEM LISICIC, NUEVO COLABORADOR PARA LA ORACIÓN DE LOS FIELES

Desde Misa Dominical trabajamos para que las intenciones de oración de los fieles, siguiendo la Ordenación General del Misal Romano (OGMR), ayuden a orar y sean una oportunidad para que la asamblea eleve en comunión sus



súplicas a Dios. Y además, con las intenciones que preparamos, queremos reflejar la universalidad de la Iglesia y la preocupación por todos los aspectos de la vida humana y la creación.

Las intenciones que se proponen sean sobrias, formuladas con sabia libertad, en pocas palabras, y han de reflejar la oración de toda la comunidad (OGMR 71).

En este sentido, en la preparación de la oración de los fieles, que ofrecemos en las hojas para la celebración de Misa Dominical, hemos incorporado a un nuevo colaborador para su redacción: Guillem Lisicic, seminarista de la archidiócesis de Barcelona, y que se encuentra en el curso de pastoral. Queremos darle la bienvenida a la redacción y creemos que puede aportar frescor y actualidad a las intenciones que os ofrecemos.

En las hojas para la celebración procuramos tener en cuenta las diferentes circunstancias concretas del momento, de los fieles, de la comunidad... No siempre llegamos a ello, y por este motivo os recordamos que tenéis la oración de los fieles a

vuestro alcance, en abierto, en la página web del CPL para que podáis descargarlas y adaptarlas. Creemos que es bueno adecuar las peticiones al lenguaje, a la realidad y a las circunstancias del momento de la comunidad. Nosotros ofrecemos unas intenciones donde tenemos presente el tiempo o la fiesta litúrgica, si se celebra alguna jornada o hay algún acontecimiento o intención en el ámbito de la Iglesia universal. Sin embargo, y teniendo en cuenta que a menudo hay intenciones locales o nuevas, a veces os dejamos un espacio en blanco para que cada comunidad añada alguna intención particular. También, en algunos casos, en el web del Centro de Pastoral Litúrgica encontraréis una oración de última hora, ya que las hojas se preparan con meses de antelación y a menudo encontramos algún motivo de intención no previsto.

RESCATAR LA LITURGIA

Por José Manuel Bernal Llorente

La presencia del Señor en los misterios (II)

Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: «Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20).

Este texto, inspirado ciertamente en otro de la encíclica *Mediator Dei* de Pío XII, es retomado posteriormente por Pablo VI y decididamente ampliado en su encíclica *Mysterium fidei*. En efecto, el Papa, después de hacer referencia al texto conciliar, amplía claramente las formas de presencia de Cristo, no solo en la liturgia, sino en la Iglesia misma. A este propósito Pablo VI afirma que Cristo está presente en la Iglesia que ora, en la Iglesia que se entrega al servicio de los más necesitados, en la Iglesia que camina peregrina a la casa del Padre, en la que predica, en la que dirige y gobierna al Pueblo de Dios; pero, de un modo singular, Cristo está presente en la Iglesia que se ofrece y se inmola en el sacrificio de la misa y en la que celebra los sacramentos. De modo eminente, Cristo está presente en las especies sacramentales del pan y del vino en la Eucaristía.

Esta variedad de formas de presencia no es indiscriminada o indiferente. Son formas de presencia diversas y jerarquizadas. No todas tienen el mismo valor, evidentemente. Pero, eso sí, todas son formas de presencia real. Lo afirma el Papa de manera taxativa. Finalmente, es importante tomar buena nota de que todos estos modos de presencia se hacen realidad en la Iglesia. Quiero decir con ello que es en la Iglesia y a través de ella donde el Señor se hace sentir, donde el Señor actúa, donde sale al encuentro del creyente y establece con él vínculos profundos de comunión. Es, sobre todo, en la Iglesia que celebra los misterios del culto donde se hace presente y actúa toda la fuerza salvadora y renovadora de la Pascua.



EL ESTUPOR EUCARÍSTICO

La Eucaristía es la más grande de todas las maravillas obradas por Cristo, el maravilloso documento de su inmenso amor por los hombres.

Son palabras de santo Tomás de Aquino, en su opúsculo 57 sobre la fiesta del *Corpus Christi*.

El presente domingo nos trae una referencia a la Eucaristía en la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre del Señor. Pero cada domingo volveremos a la Eucaristía con renovado esfuerzo.

Si el bautismo es el sacramento de la fe, la Eucaristía es el sacramento de la caridad. Ambos se complementan y perfeccionan.

No hay bautismo sin Eucaristía, ni Eucaristía sin bautismo.

Si por el bautismo somos regenerados en Cristo, por la Eucaristía se consigue la unión a Cristo.

De la Eucaristía brota la «forma eucarística» de la existencia cristiana.

No somos nosotros los que nos formamos en la Eucaristía, sino que esta misma nos forma y nos conforma a Cristo. Y de ahí brota el «estupor», es decir, el asombro o el pasmo ante el misterio de la Eucaristía. Y este es-

tupor nos forma a una vida en consecuencia con lo que celebramos y vivimos.

Y puesto que toda la Iglesia vive de la Eucaristía, nuestra existencia ha de tener, una «forma eucarística», de modo que las palabras de la institución de la Eucaristía no deban ser para nosotros únicamente una fórmula consagratória, sino también una «fórmula de vida».

Este estupor eucarístico o «asombro» eucarístico nos lleva a contemplar a Cristo y, a su vez, nos implica a saber reconocerle dondequiera que Él se manifieste, en sus multiformes presencias, pero, sobre todo, en el sacramento vivo de su cuerpo y de su sangre.

La Iglesia vive del Cristo eucarístico, de Él se alimenta y por Él es iluminada. La Eucaristía es misterio de fe y, al mismo tiempo, «misterio de luz».

Cada vez que la Iglesia la celebra, los fieles pueden revivir de algún modo la experiencia y el «estupor» de los dos discípulos de Emaús: «Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron» (Lc 24, 31).

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Centre de Pastoral Litúrgica

☎ Diputació 231 - 08007 Barcelona
☎ 933 022 235 - cpl@cpl.es - www.cpl.es
wa +34 619 741 047

Director de la publicación: David Álvarez

Año LVI

Suscripción anual: 102,50 €

Precio de cada ejemplar: 7,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975